

Santísima por la merced que les habia hecho, y que obedeciera fielmente á S. M. y al virey en su nombre. Con esto se sosegó la plebe, que llevaba ya cinco dias en armas ⁽¹⁾. Permaneció sin embargo armado, y atrincheradas ó barreadas las calles; y por espacio de dos dias, lo que antes no habia sucedido, diéronse muchos á saquear á los mercaderes y ministros que aborrecian, sacando algunos de los conventos de frailes y de monjas en que se habian refugiado.

Debemos advertir que en estos dias terribles fueron tantas las escenas de saqueo, de incendio, de sangre, de desolacion y esterminio, que como dice un historiador de estos sucesos, «los gritos de *muera, muera*, resonaban por todas partes; cuerpos destrozados yacian aqui y alli esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos: nada habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos.» Unas veces por noticias vagas esparcidas con dañada intencion, otras por imprudencias cometidas

(1) Decia el de Arcos al rey, al llegar aqui, con una candidez admirable: «Ha sido grande el consuelo de esta aclamacion universal, respecto del riesgo en que la paz y la quietud pasada de esta ciudad y reino se ha visto, pareciendo á todos suceso milagroso que un pueblo encendido en tan grande violencia se haya sosegado en término tan breve, asegurándome que la lista de los soldados que han tomado armas han llegado á ciento veintete mil hombres.» Al leer esto aisladamente cualquiera creeria que habia empleado los medios mas ingeniosos ó mas heróicos para aquietar la ciudad; pero sosegar de pronto un pueblo á quien se concede todo lo que pide, cierto que no tenia gran cosa de milagroso.

por los nobles y magnates que se metian á mediadores para apaciguar al pueblo, otras por palabras de los bandos del virey que los sublevados creian ofensivas, hubo dias y noches en que el populacho, *il fidelissimo popolo* que llamaban los gefes del tumulto, se entregó con frenética furia á todo género de excesos cuyos pormenores horroriza leer. Hubo momentos en que la populosa Nápoles parecia una inmensa hoguera: tantas eran las que habia encendidas para reducir á pavesas las casas y palacios de los ricos y nobles, y que atizaban con repugnante gozo hombres, mugeres y niños. Húbolos en que las indomables turbas pudieran saciarse de sangre, si en tales casos se pudieran saciar, y en que presentaban con horrible júbilo á Masaniello clavados en picas la cabeza y los miembros de cualquiera ilustre víctima que despues de infinitas pesquisas lograban haber á las manos, habiendo quien pidiera un trozo de su cuerpo para devorarle crudo, como sucedió con el pié de un hermano del duque de Maddalone. La plaza del Mercado, cuartel general de Masaniello y su tribunal de justicia, se hallaba toda circundada de cabezas, que tenian la bárbara calma de ir colocando con mucha simetría. En vano los padres dominicos y teatinos salieron varias veces en procesion, llevando al Señor Sacramentado, para ver de calmar la desenfrenada muchedumbre. Los insultos y las profanaciones obligaban á los religiosos á volverse á sus conventos, no sin peligro de sus vidas. Se estre-

mece el corazón de leer algunas de las escenas que pasaron dentro de aquellos mismos asilos de religion y de piedad, que nosotros nos abstenemos de describir ⁽⁴⁾.

El sábado 13 á la tarde se hizo solemnemente la jura de los nuevos privilegios y concesiones. Regadas y colgadas las calles, salió el virey de su castillo en carroza, precediéndole el Electo del pueblo y Masaniello, y marchando detrás los coches de los ministros del consejo que llamaban Colateral, todo muy en orden y en medio de una muchedumbre que llenaba las calles del tránsito. El cardenal Filomarino vestido de pontifical leyó los privilegios al pueblo, y los juró el virey á nombre de S. M. Concluida la ceremonia, Masaniello, vestido con un traje plateado y riquísimo que el arzobispo le habia hecho tomar, arengó otra vez al pueblo en medio del silencio mas profundo, y se volvió la comitiva con la misma solemnidad.

Desde aquella tarde se desvaneció la cabeza de Masaniello. Ya la entrada en los salones de palacio, las familiaridades con el virey, los honores que le hacia la guardia, y otras consideraciones en que no pudo soñar nunca el pobre vendedor de pescado, le habian turbado bastante. El vestido bordado de plata,

(4) De Santis, Giraffi, Doncelli, Capacelatro, Agnello de la Porta, en sus relaciones antes citadas.— Habia una *Compañía de la Muerte*, formada de la mas relajada juventud, y en la que dicen algunos figuró en primer término el célebre pintor Salvador Rosa, que pintó en admirables cuadros varias escenas de la sublevacion.

el mullido sillón, el roce con los magnates, el placer de mandar y ser obedecido ⁽¹⁾, le acabó de fascinar y le trocó en otro hombre. Tomó gusto al mando, sintió pasiones desconocidas, imaginó grandezas, y el que como pescadero habia sido valeroso, intrépido, generoso, activo y hasta inteligente, se convirtió como autoridad en un tirano desatentado, y en un avaro sediento de oro. Corria las calles á caballo con la espada desnuda y altivo semblante insultando la humilde plebe, de que él acababa de formar parte: pensó en construirse un magnífico palacio, y se dió á todo género de excesos. El pueblo, ofendido de tan repentina mudanza, correspondió con muestras de aborrecimiento al mismo á quien las habia dado de idolatría;

(1) Hé aqui la descripción que hace el duque de Rivas de la formalidad con que habia ejercido Masaniello la suprema autoridad del pueblo de Nápoles. «Hizo (dice) levantar en la plaza del Mercado un tablado con un palco, en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale, y del nuevo electo Francisco Arpayá, administraba justicia, expedía decretos, daba sentencias, oía quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intencion y recto juicio, los asuntos mas graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado, decidiendo sin apelacion en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfadado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decision absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que antes de pronunciar Masaniello sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponía la mano en la frente, como para reflexionar, pero realmente para poder oír al consejero. Y que un dia que para darse importancia dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez para poder regir con acierto, me inspira el Espiritu Santo*: le contestó un chusco: *Di que te inspira el Padre Eterno; aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blanca.*» Rivas, Sublevacion de Nápoles, cap. XI.

él lo conoció, receló que intentáran matarle, y se adelantó á hacer víctimas y á derribar cabezas como un demente. Sus temores se cumplieron. Un dia le sorprendió en un convento una cuadrilla de asesinos, que algunos suponen pagados por el duque de Arcos, y allí mismo le cosieron á puñaladas; llevaron despues su cadáver al palacio con grande algazára, presentáronsele al virey, que le recibió tambien con demostracion de júbilo, y concluyeron por arrastrarle en triunfo por las calles ⁽¹⁾. Pero lo mas maravilloso es (y no habrá en la historia ejemplo que pruebe mas la versatilidad é inconstancia de un pueblo cuando se le deja marchar desbocado y ciego), que al dia siguiente hallando el populacho nuevos motivos para renovar sus escesos, comenzó á lastimarse de aquella muerte como de una gran calamidad, se volvió á recoger el cadáver de Masaniello, se le hicieron toda clase de honores, y no pocos le adoraban como á un mártir y como á un santo.

Oigamos la relacion del mismo virey, tal como la hizo á S. M. «Y prosiguiendo, dice, en la locura y devaneo de esta canalla, el miércoles adoró el pueblo á Masaniello como á beato: por aqui se verá su in-

(1) El virey acerca de este hecho decia solamente en su parte. «El Lunes no hubo cosa memorable, mas que algunos desatinos de Masaniello, el cual desde el sábado habia empezado á delirar. El martes le hizo quitar la

»cabeza el pueblo, y la trajeron á
»palacio á presentármela con increíble alborozo y con inmenso número de pueblo, con la aclamacion ordinaria del nombre de V. M. y el mio, y arrastraron el cuerpo destroncado.....»

«constancia y variedad y error; publicó haber resucitado, y siendo un pícaro y hombre bajo á quien todos conocieron por blasfemo, y que se sabía habia diez años que no se habia confesado, hubo hombre de los del pueblo tan bárbaro y escandaloso, que lo aseguró diciendo que le cortasen la cabeza si no era verdad que Masaniello estaba resucitado, y que él lo habia visto, tanto que obligó á que le tuviesen en palacio hasta averiguar la mentira, con que cayó de su maldad y embeleco, por que el pícaro está ya comido de gusanos; y en lugar del puesto que se le dió le debian haber ahorcado como lo merecia ⁽¹⁾; y al embustero le dejé ir libre mereciendo lo mismo, por no dar materia al motin, y que se ocasionasen de aqui mayores insultos. Sin embargo, fué continuando el tumulto la adoracion de Masaniello, del cual en sola la diferencia de un dia pudo llamarse tribuno, legislador y rey, por que en la plebe, en las leyes y en las voluntades tuvo tan absoluto poder y dominio, que por fuerza ó de grado no hubo hombre que no le obedeciese.»

Sobrescitado otra vez con esto el pueblo, acaso instigado por bajo de cuerda, ó temiendo el castigo de sus crímenes, ó mal avenido con el orden, renovó el

(1) El buen duque de Arcos no advertia que con estas palabras estaba haciendo su propia acusacion y proceso, puesto que él era quien se habia degradado com-

partiendo su autoridad con la de aquel hombre, agasajándole y colocándole en este puesto á que se refiere.

tumulto con igual ó mayor furia y empuje. Un dia se arrojó de improviso sobre varios puestos militares y los forzó, atacó la plaza de palacio, donde sostuvo una sangrienta refriega con la guardia de tudescos, hizo una matanza horrible de españoles, alemanes y nobles napolitanos, y colocó baterías dominando las fortalezas de San Telmo y Castilnovo. Pensaron luego los tumultuados en poner al frente del movimiento un jefe de valor, inteligencia y reputacion. Invitaron al valeroso Carlos La Gatta, el cual se negó resueltamente acreditando mas con esto su acrisolada lealtad. Mas débil el marqués de Toralto, príncipe de Massa, aquel que con tanto heroismo habia defendido últimamente á Tarragona contra los franceses, ó porque tuviera á su esposa en poder de los insurrectos y creyera cortar mejor la revolución poniéndose al frente de ella, ó por otra causa que á su honrado carácter se le representara justa, tuvo la flaqueza de ceder á las instancias de los sediciosos, precisamente cuando la insurreccion se estendia ya á otras ciudades de Nápoles, y algunas de ellas enviaban considerables refuerzos á los de la capital. Impacientes los sublevados por pelear, atacaron formalmente el palacio, donde se hallaba el tercio viejo de napolitanos, y entonces el virey mandó romper el fuego de la artillería de los dos castillos, sufriendo asi la ciudad los horrores de un mortífero combate. Merced á la industria y manejo de Toralto, que deseaba sinceramente la paz, se entró en pro-

posiciones de capitulacion, y hubo con este motivo algunas horas de reposo.

En tal situacion se avistó la escuadra española (1.º de octubre, 1647), que al mando de don Juan de Austria habia sido enviada por la córte de Madrid para combatir la rebelion de Nápoles. Componíase la armada de veinte y dos galeras, doce naves gruesas y catorce buques menores, y los tres tercios españoles y uno de napolitanos que llevaba á bordo sacados de Cataluña, hacian un cuerpo de cerca de cuatro mil hombres. Sabedor de esto el príncipe de Massa, aconsejaba la sumision á los sublevados, á quienes por otra parte se trataba de ganar con promesas; mas ellos, ni se fiaban ya de las promesas de los españoles, ni ya tenian confianza en Toralto, á quien comenzaban á mirar como poco fiel á la causa de los que le habian proclamado. Asi las cosas, despues de muchas juntas y conferencias para tratar de la pacificacion, y de acuerdo el de Arcos y don Juan de Austria, rompieron á un mismo tiempo el fuego los cañones de los castillos y de los bageles sobre la poblacion. El pueblo armado, en número de mas de cien mil hombres, animado por los franceses, y por una parte del clero del pais, y reforzado ya por las compañías que de las provincias iban acudiendo en su socorro, sostuvo tenazmente el combate por muchos dias, asi contra los cañones de los fuertes, como contra los cuatro mil hombres que desembarcó don Juan de Austria, los

cuales no pudieron penetrar en las calles, que encontraron barreadas, y fueron arrojados de la calle de Toledo y de los puntos que intentaron ocupar. Por todas partes iban llevando ventaja los rebeldes, y sin embargo, aun logró el príncipe de Massa que pidieran una tregua; negósele con poca meditacion el de Arcos, y se renovó con desesperada furia la pelea. Otra vez se vió que iban vencedores los insurrectos, y entonces el virey, deponiendo su altivez, propuso él mismo la tregua que antes imprudentemente habia rehusado: Toralto y el pueblo la rechazaron ahora á su vez, y desapareció toda esperanza de avenencia; banderas negras y rojas se enarbolaron en las torres de las iglesias y palacios.

«El continuo tronar de tanta artillería (dice el moderno historiador de estos sucesos), el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mugeres, que corrían en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son espantoso de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital..... Declinaba la tarde y continuaba mas encarnizada la pelea.... y ni las sombras

de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y la matanza; habiendo sido aquel funesto dia uno de los mas espantosos que ha pasado ciudad alguna.... (1).» Estos horribles combates se repitieron todavía los dias siguientes.

La sangre corria á torrentes por las calles de Nápoles. Se calcula en doce mil los hombres del pueblo que perecieron en los diferentes dias que duró tan sangrienta lucha, y en cerca de dos mil las casas derribadas; porque pasaban de quince mil las balas de cañon que se habian arrojado de los castillos y de las galeras; muchos soldados habian sucumbido tambien. El príncipe de Massa, de quien ya el pueblo andaba receloso por su equívoca conducta, fué horriblemente sacrificado á la furia popular, pagando así lastimosamente su primera flaqueza. Habiendo estallado con daño de ellos mismos una mina hecha por los insurrectos, á pesar de haberlo advertido así antes el de Toralto, apellidándole traidor, se arrojaron sobre él y le hicieron pedazos, cometiendo luego las mas repugnantes crueldades con el cadáver del noble caudillo (2). En reemplazo del desventurado Toralto nom-

(1) Rivas: Sublevacion de Nápoles, tom. II., cap. XI.
 (2) El hecho fué, segun Vivanco, que los rebeldes quisieron hacer una mina para volar el castillo de San Telmo, y con él al virey y á los que le rodeaban; que Toralto trató de disuadirlos de la idea, diciendo que la mina daría en peña viva, y reventaría contra ellos mismos; que á pesar de eso ellos insistieron, hicieron la mina, la volaron, y sucedió lo que Toralto les habia pronosticado. Sin embargo, como ya le tachaban de amigo de los españoles, sospecharon que lo habia hecho propósito con malicia, como que era realista y noble. Luego el historiador refiere así su muerte. «Un

braron las turbas generalísimo á un maestro arcabucero llamado Genaro Annése (22 de octubre), hombre ignorante y vulgar, bien que dejando la dirección de las armas á Brancaccio, antiguo maestro de campo general y muy enemigo de España. En este período de la revolución se declararon los napolitanos independientes del gobierno español, y en este sentido publicaron un manifiesto á la Europa; cosa que nadie estrañó, porque era ya lo menos que de aquella revolución podía esperarse.

Mas como entretanto hubiesen ya formado los nobles un pequeño ejército contrarrevolucionario en la campiña, con el cual recorrían los alrededores de Nápoles y tenían como bloqueada la ciudad, fuéles preciso á los populares salir también á combatir los de fuera. En los primeros encuentros llevaron igualmente la mejor parte los amotinados; no sucedió así después, por que el general Tuttavilla que mandaba las tropas de los nobles, derrotó en varios combates parciales muchos grupos de los rebeldes, y fué estrechando á

»hombre de los mas bajos de
»ellos (dice) le atravesó con una
»espada, acudieron todos sobre
»él, y con aquella furia infame
»le cortaron la cabeza, le col-
»garon de un pié, y le sacaron el
»corazon, y se le enviaron á su
»muger, que era de particular no-
»bleza y hermosura; inhumanidad
»mas que bárbara, y que no se
»podía contar de caribes ni troglo-
»ditas, ni de otra nacion mas indó-
»mita, de suerte que todos rehu-
»saban ser cabezas por no caer á

»sus pies, porque todos los iban
»matando, y estaban sedientos de
»sangre humana.» Hist. MS. de
Felipe IV. lib. XVI. «Muero (dijo
al espirar este desgraciado caba-
llero) por Dios, por el rey y por
el pueblo, pues juro que mis ac-
ciones todas se han encaminado
solo á conciliar los ánimos para
dar paz á mi afligida patria.»
De Santis: Capecelatro, MS.—De
Turnis, y los demas autores con-
temporáneos.

los de la ciudad en términos que comenzaba ya á aquejarlos el hambre, y con ella á decaer el espíritu de los sublevados.

Ocurrióles en esto una nueva idea, que al pronto pareció iba á producir la pérdida definitiva de Nápoles para España. Encontrábase en Roma el duque de Guisa Enrique de Lorena, que como descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, aun alegaba derechos y mantenía pretensiones al trono de Nápoles. No se hallaba del todo estinguido en aquel reino el antiguo partido anjevino, y en esta ocasión parecióles que el modo de sacar triunfante la insurrección era poner á su cabeza un gefe de tan ilustre prosapia, y como tal le proclamaron, cesando en sus funciones el grosero caudillo Genaro Annése. El de Guisa, que, como dijimos, se hallaba en Roma cuando llegaron los diputados napolitanos, embarcóse con permiso del embajador de Francia, y llegó despues de mil peligros á Nápoles, donde fué recibido con honores casi régios. Entonces los napolitanos se creyeron bastante fuertes para proclamarse enteramente independientes de España, y erigirse en república al modo de las Provincias Unidas de Holanda. Dieron al de Guisa iguales prerogativas á las que allá gozaba al príncipe de Orange, con los títulos de generalísimo y de defensor de su libertad, y quitaron las armas de España de todos los edificios públicos ⁽¹⁾. Vióse con es-

(1) Gacetas de Francia de noviembre y diciembre de 1647.—

cándalo al arzobispo y cardenal Filomarino asistir á la ceremonia de la proclamacion de la república, al modo que antes lo hizo á la de los privilegios, y bendecir la espada de el de Guisa como antes habia bendecido la de Masaniello.

El de Guisa organizó la insurreccion: publicó indultos y premios: arrojó á los españoles de un arrabal que ocupaban: acometió despues á Aversa, cuartel general de los nobles, y se apoderó de la ciudad. Levantáronse en su favor las provincias de Salerno y Basiliata; y cuando luego se vió arribar á la bahía de Nápoles la escuadra francesa al mando del duque de Richelieu, compuesta de treinta y nueve navíos de línea, once brulotes y veinte galeras, no hubo quien no se persuadiese de que Nápoles iba á emanciparse definitivamente del dominio de España. Y asi hubiera sucedido si los ministros de la reina Ana hubieran ayudado de buena fé al de Guisa; pero aquellos, y en especial el cardenal Mazarino, veian con celos el engrandecimiento del gefe de la casa de Lorena, y de mejor gana hubieran hecho de Nápoles un reino para el monarca francés que ver al de Guisa mandando en aquella hermosa parte de Italia. Asi fué que las instrucciones que llevaba el de Richelieu mas eran para comprometerle que para ayudarle, y él se mostró mas afecto al plebeyo Genaro Annésé que al magnate francés.

Capecelatro, MS.—Conde de Módena. Hist. de esta revolucion.—Parrizo: Teatro eroico, etc.

Comprendieron los españoles todo el partido que podian sacar de aquella division, y aprovechando la indecision ó la tibieza del de Richelieu, reunió don Juan de Austria la dispersa escuadra española, y con ella presentó la batalla, que aunque duró seis horas no tuvo un resultado decisivo. Cuando el hijo de Felipe IV. se disponia á empeñar de nuevo el combate, se vió, no ya con gran sorpresa, que el de Richelieu se daba á la vela volviéndose á las costas de Francia; testimonio evidente de que no queria dejar al de Guisa el fruto de la victoria, aunque hubiera podido conseguirla (1).

Fué aquel el primer síntoma de la decadencia de la revolucion. Si bien entre la nobleza napolitana y el general Tuttavilla habia tambien disidencias y disgustos, hasta el punto de verse obligado el de Arcos á separar aquel general y conferir el mando de las fuerzas de los nobles al maestre de campo Luis Poderico, era mayor el descontento del pueblo de Nápoles al observar las costumbres licenciosas, la soberbia y el desvanecimiento del de Guisa, á quien por otra parte veian faltar el apoyo y la proteccion de la Francia, con que habian contado y les habia servido de incentivo para llamarle. El duque de Arcos intrigaba y trabajaba para fomentar aquel germen de desavenencia,

(1) Memorias del duque de Guisa.—Larrey y Limiers, en sus Historias del reinado de Luis XIV.—L'état de la republique de Naples sous le gouvernement de Mons. le duc de Guise, trad. del italiano, por M. Marie Tourge-Lo-redan.